



El republicanismo quema combustibles fósiles

MICHAEL KLARE :: 27/11/2014

El nuevo Congreso del régimen estadounidense y el desastre planetario :: El Partido de las Grandes Petroleras toma Washington por asalto

¡Descorchan champagne en Washington! Es tiempo de fiesta para las Grandes Petroleras. En la estela de las elecciones de mitad de mandato, los halcones republicanos de la energía están de parabienes: han tomado por asalto el Senado y la Cámara de Representantes. Se están preparando para presionar a un presidente que ya está al mando de una administración en buena parte “perforad, muchachos, perforad” para que levante los últimos impedimentos a la explotación de las reservas de combustibles fósiles de América del Norte.

La nueva mayoría republicana está segura de que impondrá su agenda en una variedad de temas clave, incluyendo la reforma impositiva y la inmigración. Ninguna de sus iniciativas tendrá un impacto tan catastrófico como el que se viene para asegurar que los combustibles fósiles dominen el panorama energético nacional en un distante futuro, hasta mucho después de que el cambio climático haya destrozado el planeta y arruinado la vida de millones de estadounidenses.

Ya está claro que el nuevo liderazgo republicano en el Senado autorizará la construcción del oleoducto Keystone XL, diseñado para el flujo de petróleo pesado (o “arenas bituminosas”) desde Alberta, Canadá, hasta las refinerías del golfo de México, una de sus máximas prioridades legislativas. Si el Congreso del “pato cojo” fracasa en su intento de aprobar Keystone ahora con la ayuda de los senadores demócratas pro-carbón, seguro que logrará imponer la medida cuando llegue el Senado dominado por los republicanos, en enero próximo. La aprobación de ese oleoducto, dice el líder de la próxima mayoría republicana Mitch McConnell, estará entre las primeras medidas que “muy probablemente aprobaremos”. Pero así como la cuestión Keystone está entre las principales inquietudes del próximo Senado, no es la única medida que promoverán para acelerar la explotación de las reservas nacionales de hulla, petróleo y gas natural. Tan devotos son sus líderes de la extracción de los combustibles fósiles que ya deberíamos empezar a pensar en ellos como el Partido de las Grandes Petroleras (PGP).

En su intento de incrementar la producción de combustibles, los líderes del PGP ya están diseñando planes para extender la lucha a varios frentes más, no solo Keystone. Por ejemplo, el gobernador de New Jersey Chris Christie, posible candidato a presidente, está promocionando un plan para eliminar lo que él llama “obstáculos” gubernamentales –esto es, la supervisión estatal de las cuestiones relacionadas con la energía– a la construcción de cualquier tubería que *cruce* una frontera, ya sea para la importación de arenas bituminosas (o chapapote) de Canadá, o ya sea para la exportación de gas natural a México. Otros prominentes republicanos, entre los que está McConnell (nacido en el estado de Kentucky, rico en hulla), están impacientes por impedir que la Agencia de Protección Ambiental (EPA, por sus siglas en inglés) imponga rigurosas limitaciones en el uso del carbón, prohíba el

control federal del fracking, autorice la perforación de pozos en el mar en las costas de Alaska y Virginia, y facilite la exportación de petróleo crudo y gas natural licuado (LNG, por sus siglas en inglés).

Sean cuales sean las iniciativas individuales que un político republicano u otro puedan estar promocionando, todos ellos, como grupo, creen fervientemente en la conveniencia de aumentar el consumo de combustibles fósiles y en la necesidad absoluta de frustrar cualquier medida pensada para ralentizar el calentamiento global mediante la limitación de ese consumo. Para muchos otros de ellos, esta posición es un tema económico encaminado al aumento de los beneficios de las empresas estadounidenses de la energía, y al mismo tiempo una cuestión esencialmente ideológica, que forma parte de la cuasi mística creencia de que el petróleo aumenta el poder de Estados Unidos. Por ejemplo, los jefes republicanos sostienen que la mejor manera de contrarrestar los avances de Rusia en Ucrania (o en cualquier lugar de Europa) es acelerar la explotación de las reservas de gas no convencional y exportar los excedentes obtenidos a ese continente como gas natural licuado. Están convencidos de que esta exportación romperá la hegemonía energética rusa en Europa. “La posibilidad de dar vuelta la tortilla y poner en jaque a Rusia”, escribió en marzo el presidente de la Cámara de Representantes John Boehner, “está bajo nuestros pies, en forma de un vasto suministro natural de energía.”

Es fundamental en muchos republicanos, incluyendo los probables candidatos presidenciales en 2016, la creencia de la capacidad reconstituyente del petróleo y el gas cuando empieza a menguar el poder y el prestigio de EEUU. El gobernador Christie, por ejemplo, dedicó su primer discurso sobre política exterior a la imagen de un “renacimiento de la energía de América del Norte” basado en la incremento de la producción canadiense, mexicana y estadounidense de hidrocarburos. “El espectacular cambio del paisaje energético de América del Norte”, declaró, “nos ha hecho mejores a todos y continuará haciéndolo” (significativamente, Christie ocultó la parte mexicana de su plan. México espera abrir sus yacimientos petrolíferos y gasíferos a la explotación por empresas de EEUU por primera vez desde su expropiación en 1938).

Para poder promocionar los beneficios derivados del incremento de la producción de combustibles fósiles, las cada vez más graves consecuencias del cambio climático -incluyendo las que afectan a las muy vulnerables ciudades costeras de New Jersey- deben ser dejadas convenientemente fuera de la ecuación. De hecho, la mayoría de los jefes republicanos resuelven este problema o bien mediante la negación de la mera realidad del cambio climático, o bien viéndola -en el peor de los casos- como una futura molestia menor. Como uno de los resultados de verdad más extravagantes de las últimas elecciones, James Inhofe, de Oklahoma, se supone que será el nuevo presidente de la comisión senatorial de Medio Ambiente y Obras Públicas. Hace mucho tiempo que Inhofe defiende el punto de vista de que la responsabilidad humana en el calentamiento del planeta es una enorme “patraña”; es así que ha prometido, entre otras cosas, sabotear la campaña de la EPA para restringir las emisiones de gases de efecto invernadero provenientes de la hulla.

El poder del dinero

¿Cómo se explica semejante creencia mesiánica en los efectos beneficiosos de la explotación

de los combustibles fósiles?

Nunca se debe subestimar el atractivo del dinero o, para ser más precisos, de las aportaciones. Las enormes corporaciones de la energía están entre las más importantes fuentes de financiación de las campañas. En los últimos años, la mayor parte del dinero que ellas aportan va a parar a los republicanos que defienden una política favorable a las emisiones de carbón; con una gente así accediendo ahora al Congreso, sin duda continuarán fluyendo sumas pasmosas.

Según el Centro para las Políticas Responsables (CRP, por sus siglas en inglés) -un grupo ajeno a los partidos parlamentarios que sigue la pista del dinero en la política-, en 2013-2014, la industria del petróleo y el gas fue el noveno grupo en importancia entre los que aportan en las campañas electorales; el 87 por ciento de los 51 millones de dólares aportados fue a parar a los republicanos. La industria del carbón contribuyó con otros 10 millones, y un 95 por ciento fue a los republicanos. Koch Industries, el conglomerado de la energía controlado por los multimillonarios hermanos Koch, Charles y David, fue la empresa del petróleo que puso más dinero, con 9,4 millones de dólares; Chevron, ExxonMobil y Occidental Petroleum también fueron muy importantes donantes. Estas cifras, es necesario hacerlo notar, solo incluyen las donaciones directas a candidatos en conformidad con las leyes de campañas federales. No tienen en cuenta los fondos canalizados a través de las secretísimas Supercomisiones de Acción Política (PACS, por sus siglas en inglés) y las organizaciones supuestamente “sin fines de lucro” que no están sujetas a esas regulaciones. Durante las elecciones de 2012, informó la CRP, las ayudas de los hermanos Koch a este tipo de entidades alcanzaron los 407 millones de dólares; se piensa que las aportaciones en el ejercicio 2014 rondarán montos similares.

En gran medida, estas fundaciones son el nexo entre las empresas y los poderosos republicanos “amigos de la industria”. Según la CRP, entre los principales destinatarios de la financiación petrolera en 2014 estuvieron John Boehner y Mitch McConnell, junto con el particularmente entusiasta de la industria de la energía John Cornyn, senador por Texas. También el congresista Cory Gardner, de Colorado, que acaba de conseguir el escaño que dejará el senador demócrata y consciente ambientalista Mark Udell. Nada sorprendente que entre los principales receptores de los fondos provenientes de la industria del carbón estén Boehner y McConnell, como también representantes especialmente amigos del carbón como Shelley Moore Capito y David McKinley, de West Virginia.

Estos y otros destinatarios de dinero de los combustibles fósiles saben muy bien que, tanto la continuidad futura de tanta generosidad como la posibilidad de ser reelegidos, dependen de los éxitos que puedan tener en la aprobación de leyes que faciliten el incremento de la extracción de crudo, gas y carbón. No es necesario ser muy imaginativo para estimar las consecuencias de esta correa de transmisión de ayuda financiera, tanto para las comunidades afectadas como para el clima.

Estados con excedentes energéticos

Otra forma de comprender la deferencia de los republicanos por los combustibles fósiles es observar la importancia relativa del petróleo, el gas y la minería en la economía de ciertos estados con mayoría republicana establecida. Según un revelador análisis de John Kemp, de

Reuters, en EEUU solo hay 13 estados que exportan más energía de la que importan (en orden descendente): Wyoming, West Virginia, Texas, North Dakota, New Mexico, Colorado, Oklahoma, Alaska, Pennsylvania, Montana, Arkansas, Utah y Kentucky. La extracción de combustibles fósiles impulsa la economía de estos estados, y sus votantes suelen elegir a los republicanos más afectos por su explotación. En enero próximo, cuando se reúna el nuevo Congreso, 19 de los 26 escaños del Senado correspondientes a estos estados serán de los republicanos y apenas seis, de los demócratas.

Notemos que estos estados tuvieron un papel decisivo en las elecciones de mitad de mandato de este año y que el liderazgo republicano hizo lo imposible para conseguir los mejores resultados en ellos. Diez de esos 13 estados renovaban escaños del Senado este año, y los republicanos consiguieron desplazar a los demócratas en cinco de ellos. Es innecesario decir que los gigantes del negocio del carbón y de petróleo derramaron ingentes cantidades de dinero en esas campañas. Industrias Koch, por ejemplo, hizo sustanciales aportaciones en las campañas senatoriales de Tom Cotton (Arkansas), Steve Daines (Montana) y Cory Gardner (Colorado).

En muchos aspectos, los estados con excedentes energéticos tienen otros intereses que otros que deben importar la mayor parte de la energía que consumen. Estos estados, importadores de energía, entre ellos bastiones demócratas como Illinois, New York, California y Massachusetts, a menudo se ocupan de conseguir regulaciones más estrictas en cuestiones como el fracking y las emisiones de las centrales eléctricas. En el otro lado, los estados con excedentes, como Texas y Pennsylvania, prefieren la supervisión estatal en lugar de la federal, por lo general más rigurosa.

Las empresas más importantes de los combustibles fósiles también prefieren la supervisión estatal de sus negocios, lo que resulta en una legislación más amigable con la perforación de pozos. Cuando se trata del fracking, el CEO de ExxonMobil Rex Tillerson plantea la cuestión con cortesía: “[Nosotros] creemos que lo mejor es dejarlo en manos del estado, de las instancias reguladoras estatales”, ya que ellas están más al tanto de las condiciones locales. “La redacción de una norma federal para ser aplicada en una variedad de condiciones no nos parece que sea la forma más adecuada de resolver la cuestión”.

De un modo u otro, los estados con excedentes energéticos suelen parecerse a los países ricos en petróleo como Rusia, Nigeria, Angola y Kazakistán, donde las empresas del sector gozan de una relación a menudo venal con sus gobernantes. Los estudiosos en este campo hablan del petróleo como una “maldición”, como una fuente de continuos problemas en esos países, donde los intereses genuinos de la gente común de esos países –ni hablar del medio ambiente– son sistemáticamente sacrificados para incrementar la producción y llenar los bolsillos de la minoría en el poder.

Petróleo, gas y seguridad nacional

Una tercera razón que explica por qué el Partido de la Grandes Petroleras trata de favorecer la extracción de los combustibles fósiles es que sus representantes están convencidos de que esa explotación es un pilar fundamental de la seguridad nacional, otra de las prioridades de los republicanos. Ese punto de vista dice que el aumento de la extracción de crudo, gas y carbón fortalece de dos maneras la seguridad de Estados Unidos:

mediante la estimulación de la economía reforzando así la ventaja competitiva de EEUU en relación con las potencias rivales y mediante el robustecimiento de la capacidad de Washington en la confrontación con países petroleros hostiles como Irán, Rusia y Venezuela.

El reciente aumento de la producción de crudo y gas en lo que se está llamando la “América Saudita” es especialmente beneficioso, reivindican los republicanos, porque además de asegurar energía eléctrica de bajo costo a los industriales estadounidenses, atrae nuevas inversiones de empresas con actividad intensiva en el sector energético, que de no ser así establecerían sus fábricas en China, Taiwan o en otros sitios. “El boom de producción de gas y los menores costos asociados”, sostiene el gobernador Christie, “han contribuido al regreso de puestos de trabajo que antes se creaban en Asia.”

Tan importante como eso es la convicción de los republicanos de que el crecimiento de la producción nacional de petróleo y gas será una gran ayuda para Washington en su trato con Irán y sobre todo Rusia. Por una sencilla razón: cuanto menos dependiente de la importación de recursos energéticos sea Estados Unidos, tanto menos vulnerable será a los vaivenes políticos de los principales productores de petróleo de Medio Oriente. Además, impulsando la bajada los precios internacionales, la producción estadounidense de crudo y gas reduce las ganancias de Irán y Rusia y hace que sus gobernantes sean más susceptibles a las presiones de Estados Unidos.

Por lo tanto, la dirigencia republicana está sobre todo interesada en la eliminación de los obstáculos existentes en la venta de crudo y gas natural en el extranjero. En este momento, la exportación de petróleo está vedada, gracias a una prohibición que se adoptó hace 40 años como consecuencia del embargo petrolero árabe de 1973-1974. La exportación de gas natural está paralizada por la falta de instalaciones de licuefacción de gas en EEUU y por las barreras reguladoras que impiden construir las en el corto plazo. Las restricciones en la construcción de instalaciones de licuefacción de gas, según Boehner (quien, desde luego, quiere eliminarlas), constituyen una “prohibición de facto a la exportación de gas natural estadounidense, una situación que [el presidente ruso Vladimir] Putin aprovecha alegremente para financiar sus objetivos geopolíticos”.

No debe sorprender que las principales empresas del petróleo y el gas también estén vigorosamente a favor de que se den los pasos que les permitan vender crudo y gas a bajos precios en Europa y Asia, donde esos precios son bastante más altos. La construcción de más instalaciones para exportar gas, dice Erik Milito, integrante del Instituto Estadounidense del Petróleo –a favor de esa industria–, significará que “nuestra exportación de gas natural licuado podría reforzar significativamente el mercado global de la energía contra las crisis y las manipulaciones... una indiscutible victoria para nuestra economía y la de nuestros amigos”.

Las empresas de los combustibles también están presionando para intensificar los esfuerzos destinados a integrar los sistemas petroleros de Estados Unidos, México y Canadá. Esto, proclaman Christie y otros, aumentará la seguridad de EEUU al disminuir la dependencia respecto de los proveedores de Medio Oriente y otros extrahemisféricos. Al mismo tiempo, esa integración ayudará a que las empresas estadounidenses tengan más control de la producción de México y Canadá. La nueva legislación mexicana sobre la energía, que abre

la puerta a las inversiones extranjeras en sus yacimientos de crudo y gas es el resultado de la fuerte presión ejercida tanto por empresas petroleras estadounidenses como por prominentes republicanos.

Sin duda, el incremento de la exportación de gas beneficiará a las empresas estadounidenses de la energía y a sus clientes en el extranjero. Sin embargo, cualquier recorte en las restricciones a la exportación haría que los productores de EEUU desviarán su producción hacia mercados más lucrativos en el extranjero, y esto podría perjudicar a los consumidores estadounidenses. Los precios podrían caer en Europa, mientras que podrían aumentar en Estados Unidos y destruir los estímulos económicos proporcionados hoy día por los precios relativamente bajos de los combustibles. Otra secuela del aumento de la exportación de gas y crudo sería que la reciente reducción de las emisiones estadounidenses de CO₂ -como consecuencia de los duros tiempos que corren y del reemplazo de la hulla por el gas en la generación de electricidad- quedarían en nada debido al crecimiento de las emisiones de gases de efecto invernadero en otros países.

Combustibles fósiles por siempre jamás

En unos tiempos en los que cada vez más gente en todo el mundo está empezando a admitir la necesidad de restringir drásticamente el consumo de combustibles fósiles, los republicanos están a punto de arrancar enérgicamente en la dirección opuesta. Su apuesta será por un planeta con combustibles fósiles por siempre jamás.

Las consecuencias de semejante compromiso son escalofrantes. Al tiempo que prácticamente todos los científicos y muchas personalidades mundiales han llegado a la conclusión de que debe mantenerse el calentamiento global en un promedio de 2 grados centígrados, la agenda republicana en favor del carbón garantiza un calentamiento de entre cuatro y seis grados centígrados más. Es más que probable que este enorme incremento de temperatura hará que importantes partes de la Tierra se conviertan en virtualmente inhabitables y que la vida humana tal como hoy la conocemos resulte amenazada. Tal como el prestigioso Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático (IPCC, por sus siglas en inglés) de Naciones Unidas señaló en su reciente breve informe, “La continua emisión de gases de invernadero provocará aún más calentamiento y cambios duraderos en todos los aspectos del sistema climático [global] e incrementará la posibilidad de impactos graves, omnipresentes e irreversibles tanto en la población como en los ecosistemas”.

Con el control del Congreso por parte de los republicanos, las iniciativas en favor del carbón estarán en el orden del día. El presidente Obama tiene el poder de veto sobre muchas medidas de este tipo; se sabe que sus planes incluyen acciones ejecutivas en cuestiones relacionadas con el clima, algunas de ellas con la intención de acompañar el reciente pacto en la materia al que se ha llegado con China. No obstante, la necesidad que tiene Obama -en el largo plazo- de asegurar el apoyo legislativo republicano en temas clave y su política energética “por todo lo alto” puede significar que deba ceder terreno en las cuestiones relacionadas con el clima para ganar votaciones relacionadas con la libertad de mercado y otros temas. Digámoslo de otro modo: por cada modesto paso adelante en la estabilización del clima, las últimas elecciones aseguran que los estadounidenses deberán retroceder varios pasos cuando se trate de la dependencia en los combustibles fósiles, con todo su

potencial de calentamiento global. La ecuación es: buenos tiempos para los congresistas partidarios de las Grandes Petroleras y malos tiempos para el resto de nosotros.

TomDispatch. Traducido del inglés para Rebelión por Carlos Riba García

<https://www.lahaine.org/mundo.php/el-republicanismo-quema-combustibles-fosiles>